

NUESTRO RINCÓN

En el mismo rincón de cada tarde, bajo luz tenue y con una taza de té cada uno, Pablo y Lorena conversan. Ella gesticula mucho y se toca su pelo cano cada tanto. Sonríe coqueta, como cuando joven esperaba junto a sus amigas a quien la sacaría a bailar en el malón que realizaba su grupo de conocidos en el pueblo cada sábado. Pablo, en tanto, la contempla atento, como escudriñando lo que se esconde tras esas historias que, de pronto, le parecen conocidas. Se ven animados.

Más bien cerca de los 80 años, ambos reviven momentos similares de sus vidas. Sonríen mucho. Llamen la atención de quienes acostumbran a verlos en el mismo lugar como si fuera la primera vez. Casi nunca discuten. Al contrario, se escuchan con la mirada fija en su interlocutor. Alguien ya ha escuchado algunas de esas historias al pasar.

Medio borroso, como entre tinieblas, Lorena recuerda su llegada a la comuna de Vitacura cuando apenas algunas casas aparecían entre los potreros, como flores silvestres en medio de la maleza. Alguna poca locomoción aparecía de vez en cuando, llevando las visitas santiaguinas que se atrevían a cruzar la ciudad para ir al campo. Ella vivía en Manuela Cañas, en ese conjunto de lindas casitas donde todos eran amigos de todos. Llegó allí recién casada, con solo el primero de sus hijos nacido. Los otros tres nacieron en el barrio, junto a muchos otros de las parejas jóvenes que llegaron al lugar.

Menchu

Pablo, de sonrisa encantadora y aire bonachón, disfruta los recuerdos de Lorena. Incluso, a veces se emociona. No sabe por qué, pero hay momentos en que algunos le tocan el alma. No tiene tanto el don de la palabra, aunque a veces piensa que algún día lo tuvo. Pero no le importa, prefiere soñar y remontarse a tiempos pasados con los recuerdos de Lorena. Sobre todo, porque nunca le falta tema. Le gusta verla animarse cuando de pronto habla de los hijos. A veces. No muchas. En otras oportunidades, ella frunce el ceño, cierra los ojos largamente y parece querer recordar.

Aprovechando esos invitadores silencios en que ella parece estar en trance, Pablo también vuelve a su pasado. Le gusta y lo reconoce sin pudor: “Me agrada viajar a través del tiempo, eso me hace sentir contento y entusiasmado. Vivo. También, triste. Es que me duele pensar cuántas veces dejé de decirle a mi mamá que era feliz a su lado, que ella lo era todo para mí y que me daba mucha seguridad. O no haber conversado más con mi papá cuando nos iba a ver al campo o no haberle dicho lo orgulloso que me sentía de tenerlo como papá. Creo haber sido un niño muy querido, era fácil de llevar”.

Lorena sonrío y no dice nada. Su mente vuela a su propia niñez y adolescencia, aunque le parece estar viviendo en ella. De pronto, vuelve de su mundo lejano y comenta en voz alta, como hablando consigo misma: “Me desespera pensar que hay muchas cosas de mi vida que no recuerdo. Como que no estoy aquí... Sí me acuerdo de que me gustaba escribir cartas... ¿por qué ahora no lo hago? Qué raro... A mis padres les dije muchas veces cuánto los amaba, pero por carta. Creo

Menchu

que pocas veces se los dije en persona. Ahora pienso cuán importantes habrían sido esas palabras, haberlos abrazado más y decirles cuanto los amaba. También a mis hermanos.... Mmm, sí, tenía hermanos”.

Pablo y Lorena viven en un lindo edificio de ladrillos con departamentos pequeños. Son vecinos y salen a la misma hora a pasear por los jardines. La música les hace muy bien. Vuelven a revivir. Se despierta el cuerpo aletargado y los pies parecen separarse de sus cansadas piernas para moverse a un ritmo propio. Incluso, a veces cantan al unísono, las letras de las canciones afloran sin siquiera pestañear.

Entonces es cuando más surgen las confidencias, momentos que aparecen y desaparecen como un haz de luz entre las nubes. A veces estos son avasalladores, como esas olas gigantes que se vienen encima en un tsunami. Amores frustrados, recuerdos dolorosos de un engaño... Lorena mira a Pablo y ya no le parece un buen compañero. Le surgen sentimientos que le aprisionan el corazón y le pide que se vaya. Que no vuelva hasta el otro día.

Pablo no sabe qué ni cómo responder, se siente un náufrago a la deriva. Lorena es su tablón salvavida, lo que más podría parecerse a un familiar que lo quiere. Su presencia le calma el espíritu, aunque a veces también siente un pellizco en el corazón. No sabe por qué. Deja la taza de té y se va del salón.

Menchu

Al otro día es sábado. Toca salida. “Como en el internado del colegio”, recordaría Pablo. Ambos esperan en el living de entrada del edificio. Se sonríen, como si se conocieran recién. Ya es la hora. Aparece una linda familia, matrimonio e hijos, que con mucha algarabía irrumpen en el salón: “¡Hola, mamá, hola, papá! Los venimos a buscar”.

Pablo y Lorena se miran sin entender mucho. Vuelven los ojos a su rincón, levantan sus hombros y sus cejas... y salen juntos sin hablar, como niños desde un jardín infantil.